

escrito y fijado en el momento mas necesario; cuando el eterno Capitolio se cuarteaba sobre sus bases y venia por medio de las irrupciones germánicas el rejuvenecimiento de la sangre vieja en las venas ateridas de la antigua sociedad pagana.

## CAPÍTULO II

DE LAS PRINCIPALES HEREJÍAS EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA EDAD MEDIA

La fijeza, dada al dogma en la Iglesia católica, convenia para desafiar y acudir con mayor facilidad al combate eterno de la Iglesia con la herejía. Naturalmente, conocidos y promulgados los dogmas del catolicismo, no habia lugar á recatarlos, como los recataran hasta entonces; y una verdadera época de propaganda y de difusion venia en la historia de la Iglesia, mas fuerte ahora que en los tiempos anteriores, á causa de la uniformidad de su doctrina, la cual componia ya una liturgia, una disciplina, y un dogma. Pero, como hemos dicho antes que la herejía de continuo acompaña al dogma, acompañólo en esta ocasion, renovando antiguas doctrinas y personificándolas en hombres de tanto mérito y de tanta tenacidad como el español Prisciliano. Elocuente en su palabra, flexible en su temperamento, dispuesto á todos los combates, el célebre teólogo parecia destinado á emplear las armas de la dialéctica en estos tiempos de universales perturbaciones teológicas. Educado en Menfis, donde la teología se mezclaba en combinaciones tan extrañas con la magia; crecido en Africa, en la region Sur del Mediterráneo, region de verdaderos combates; hijo de España, tierra de antigua y sólida cultura; jóven cuando comenzó á ser célebre; noble por su origen; hermoso por su figura; de una erudicion profunda que no excluia la ligereza y la gracia del ingenio; veheméntísimo en sus deseos, fácil en su palabra, propenso á las disputas; en las acometidas audaz, en las resistencias tenacísimo; menospreciador de las amenazas, sordo á los halagos de la fortuna, sobrio y austero hasta el punto de pasar por un asceta; mundano y galante al par que

austero; de gran seducción para las mujeres y de soberana autoridad sobre los hombres; diestro en toda suerte de artes, había nacido verdaderamente Prisciliano con todas las cualidades necesarias para fundar y para extender una secta. El secreto más riguroso constituía la base de su liturgia. Toleraba en sus discípulos el engaño, el dolo, el perjurio, el sofisma con tal que no descubriesen la esencia de su doctrina. Llevaba tan lejos el disimulo que permitía á los suyos acercarse á la mesa eucarística, tomar la comunión con los católicos sin más reserva que la de no consumir luego las hostias consagradas. Bien pronto se extendió esta doctrina en tierra como la española, tan tenaz de suyo, que si costó trabajo sustituir en ella las antiguas religiones ibéricas con las religiones paganas de Fenicia, Grecia é Italia, costó mayor trabajo aun sustituir estas religiones con el Cristianismo venido del continente africano. Baste decir que en el siglo cuarto aun se adoraba la diosa babilónica Salambó en ciudad como Sevilla, y que en tiempo de Wamba aun se veían por do quier sepulcros paganos llenos de bajos-relieves mitológicos. Grande ascendiente, en verdad, el de Prisciliano, cuando tantos partidarios se captaba y tantos progresos conseguía en tierra tan inaccesible por su temperamento á todas las novedades como nuestra firme y tenaz España. Algunos obispos españoles abrazaron la nueva doctrina, y á pesar del misterio en que se encerraba, sorprendida bien pronto en sus secretos y condenada en sus cánones, se atrajo la ira de una gran parte del clero y las persecuciones consiguientes al estado y á la exaltación de los ánimos.

Corría el año 383, cuando un concilio celebrado en Zaragoza creyó necesario condenar la herejía naciente, mezcla, mas que ecléctica, confusa y exótica, de las ideas gnósticas, del dualismo persa, de la magia egipcia, de la astrología caldea, especie de filtro compuesto con los zumos de Oriente para enflaquecer y descristianizar al Occidente. Idacio, obispo ortodoxo, á instigación de Adiginio, el primero en descubrir la herejía, tocó á rebato las campanas de la Iglesia, y suscitó las persecuciones religiosas. Eclesiásticos como Instancio y Salviano, laicos como Elpida, Prisciliano y otros fueron anatematizados por la Iglesia ortodoxa. Pero la sentencia avivó, en vez de amedrentar, á los herejes. Los gnósticos, numerosos en las tierras meridionales de España, exaltaron y pusieron á su cabeza al innovador, que traía del mis-

terioso Egipto doctrina tan seductora para sus inteligencias y tan amable para sus corazones. La extensión de la herejía creció tanto, y tanto también el terror de la ortodoxia, que esta no dudó un punto en recurrir á aquel Estado antiguo, todavía enrojecido con la sangre de los mártires. Idacio consiguió de Graciano una orden de expulsión. Pero Graciano, que no diera esta orden, sino encargando su cumplimiento al obispo Dámaso después de una detenida información, abrió con tal expediente las puertas del Estado á las excusas del hereje. En efecto, Prisciliano engreído con esta señal de deferencia, se dirigió inmediatamente á Roma. Su viaje fué un viaje triunfal. En las Galias se abrían á su paso todas las puertas, se iban tras él todas las gentes y con especialidad las mujeres. La esposa del célebre retórico Defido le acompañó con tal intimidad que diera ocasión á muchas y muy varias hablillas, pues ya hemos dicho cómo el profeta reunía al ascetismo fácil en los orientales, gustos mundanos como cualquiera de los antiguos epicúreos. Llegados á Roma, no encontraron en la Iglesia la acogida que esperaban. Negóse Dámaso á recibirlos entre sus feligreses; é igual negativa les opuso el célebre Ambrosio, que á la sazón regentaba la sede de Milan. Pero si la Iglesia les opuso una incontrastable resistencia, en cambio el Estado fué para ellos de mieles. Bien es verdad que, rico de suyo Prisciliano, y largo en prodigar su riqueza, ganó á Macedonio, maestresala de Graciano, y Macedonio ganó á Graciano, ganando así, merced á su oro y á la corrupción de los Césares, la vuelta á España y en España la libertad de sus predicaciones. A esta noticia, tan funesta para los ortodoxos, Idacio corre á las Galias, conjura á las potestades civiles, y logra que el prefecto eche mano á los herejes y los retenga, para que no puedan volver á España, ni extender sus predicaciones. Poco ducho el Emperador en materias de gobierno, dejaba al Estado debilitarse en manos de sus favoritos; y esta debilidad le traía las amargas consecuencias de que unos vendieran á vil precio sus decretos y otros no acataran los decretos ya dados y vendidos. Entonces las sublevaciones menudeaban con frecuencia; y los sublevados subvertían el orden con facilidad. En tales competencias, el ejército de Bretaña se subleva, la sublevación erige á Máximo Emperador; y Máximo toma el dominio de las Galias. Al ver este cambio Idacio, obispo español, que no podía con la indignación en su ánimo engendrada por

el proceder del anterior César, de Graciano, favorable á los herejes, se dirige al nuevo César, y le conjura á que defienda por todos los medios imaginables la ortodoxia católica, para granjearse la voluntad de los pueblos, tan necesaria al poder y á la fortuna de los usurpadores. Sabido es que, entre las gentes adheridas á un excesivo dogmatismo, toma siempre el error aspecto y colores de crimen; é Idacio presentó á los priscilianistas, no como secta engañada en sus principios y engañadora en sus predicaciones, sino como turba de facinerosos, pronta á romper todas las leyes y á subvertir todas las instituciones. Un sínodo se reunió á consecuencia de tales acusaciones; y en este sínodo combatieron y disputaron con igual fervor é igual encarnizamiento unos y otros sectarios. Y despues de tales disputas, olvidando la virtud propia de las ideas, la competencia y jurisdiccion de los obispos sobre los asuntos eclesiásticos y sobre la voluntad y la conciencia de los fieles, remitieron la decision á un Emperador, inepto para todas estas cosas é ignaro en todos estos espirituales litigios. Nunca debieron los que trataron de fundar un régimen espiritual, frente á frente del régimen cesarista, consentir la intervencion política y laica en sus asuntos religiosos. Y ¿qué decir de su independenciamiento de juicio y de su sentimiento de la propia dignidad, cuando no ya toleraban, sino que pedian la intervencion de un César, y de un César rebelde, en las jurisdicciones propias y exclusivas de la Iglesia?

Máximo dudó, vaciló; pero instado por las continuas obsesiones de los ortodoxos, encargó el proceso de los herejes á su prefecto, Evodo, de estrechas ideas y de crueles entrañas, que se apresuró á desenvainar la espada imperial, y blandirla sobre la frente de sectarios, á quienes solo se podía y debia reducir por la virtud espiritual del consejo y del convencimiento. Innumerables testigos falsos depusieron á una en contra de los priscilianistas; y falsificados procesos se tramaron para argüirles y convencerles de haber apelado á fórmulas mágicas, puesto en práctica maleficios orientales, profesado doctrinas obscenas, tenido asambleas nocturnas, en las cuales, despues de haberse dado en compañía de mujeres perdidas á la gula, á la embriaguez, á la lujuria, rezaban, desnudos todos, rezos diabólicos, para conjurar las fuerzas de la naturaleza y esgrimirlas contra todas las potestades del cielo y de la tierra. Tales condenaciones crueles en sí mismas agravábanse mucho mas á causa

de los motivos que las producian y de los proyectos ocultos que las continuaban, á causa de la codicia, con que aquellos emperadores rebeldes, arruinados por las guerras civiles continuas, miraban los bienes de los herejes, y querian apropiárselos, haciendo preceder la confiscacion á la muerte. Y en efecto, Prisciliano y la célebre Elpida, Armenio y otros compañeros suyos, todos priscilianistas, fueron reducidos á prision, y de la prision sacados para el patíbulo; víctimas de las ideas paganas admitidas por los obispos católicos, que llevando en sus cuerpos las señales del martirio, volvian las armas de los emperadores, humeantes aun con la sangre de los mártires, contra el pecho de los herejes, como para mostrar una vez mas cuán idéntica queda en el fondo á sí misma la naturaleza humana, tan propensa por su mal á olvidar en la fortuna y en el poder los horrores del infortunio y de la persecucion.

El proceder de Idacio, sus pasiones exaltadas, su cólera anti-evangélica, su rabia fanática, su sed de venganza, suscitaronle muchos adversarios, dolidos de que así trocasen los legítimos representantes de Cristo el dulzor de la cristiana mansedumbre por las amargas de la ira. Poco unidas entonces las Iglesias en la comun Iglesia romana; poco atentos los obispos á las jerarquías; creyéndose cada cual con el poder completo de la excomunion; el prelado Teoquisto, que se puso á la cabeza de los enemigos de Idacio, excomulgó á los perseguidores y á sus cómplices, logrando por los varios cambios de fortuna, explicables en aquellas guerras dogmáticas, la expulsion de sus sedes respectivas y la pena durísima de destierro. Lo cierto es que, para mostrar de nuevo cuán lentamente caminan las ideas en el mundo, y llegan á la cima de las instituciones, y se trasforman en leyes, y descienden de las leyes á las costumbres, basta recordar cómo, apenas vacías las catacumbas, apenas lavada la sangre de los circos, recientes los rugidos de las alimañas carniceras, frescos los despojos de los mártires inmolados, ¡ay! los cristianos, los adictos á un Redentor que muriera en el patíbulo de la cruz, reo de leyes bárbaras y víctima de infame intolerancia, convertíanse á su vez en verdaderos intolerantes y dictaban á su vil Emperador Honorio rescriptos subversivos de la paz pública, los cuales contenian el horrible principio de que la diversidad de creencias equivalia en el fondo á una guerra y el disentimiento de la religion oficial á una ofensa deliberadamente inferida al Emperador y al Estado.